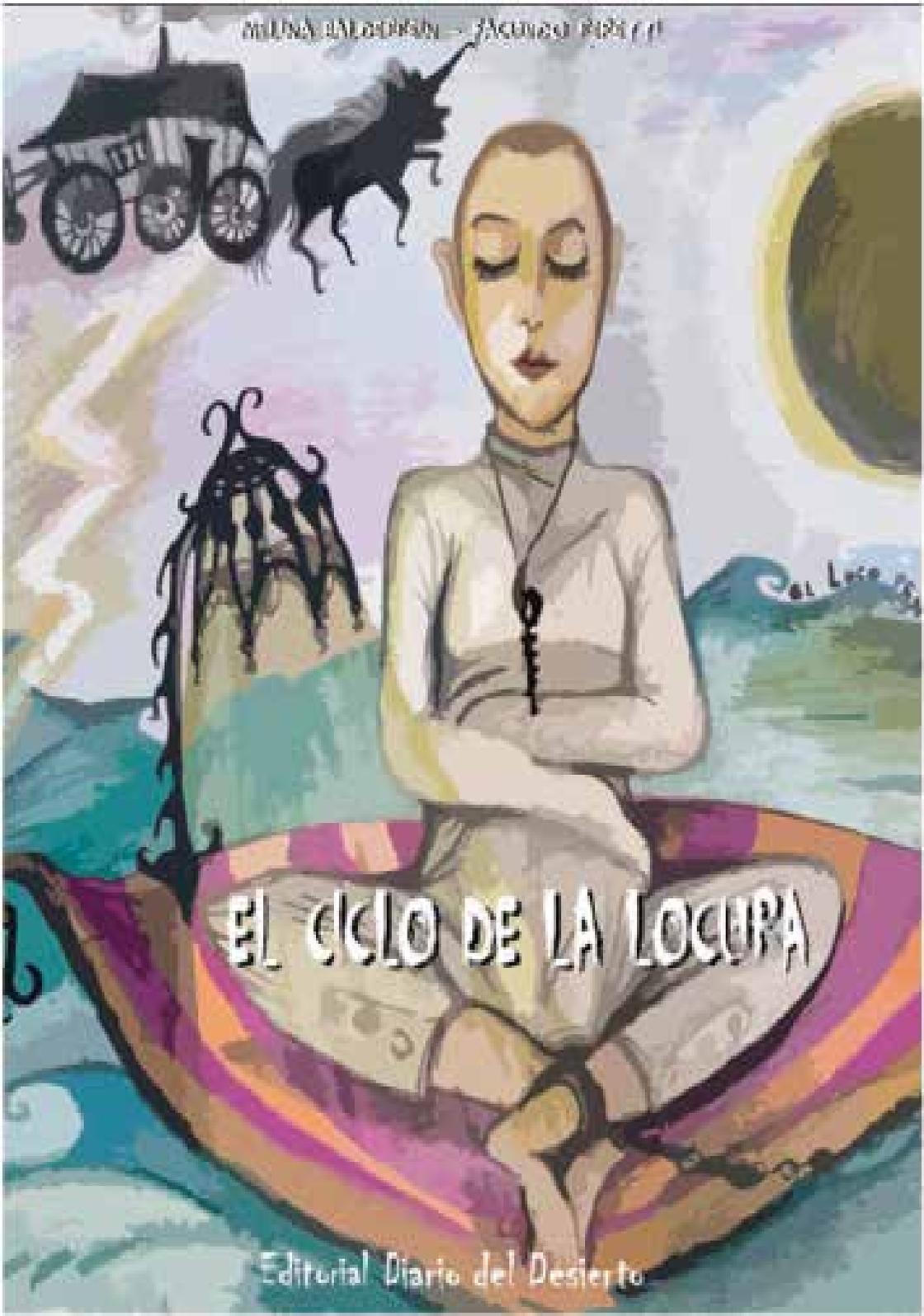


MILVA ALBERON - JACQUES RIZZI



# EL CICLO DE LA LOCURA

Editorial Diario del Desierto

MELINA BALDERREIN / FACUNDO REPETTI



## Editorial Diario del Desierto

*Dirección: Agustín Luizi y Ludovico Fonda*

Balderrein, Melina / Repetti, Facundo

El ciclo de la locura / Melina Balderrein - Facundo Repetti

1a ed . - Lincoln : Diario del Desierto, 2019.

90 p. ; 21 x 14,85 cm.

ISBN xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

1. xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

## Ediciones Diario del Desierto

*Prensa y Comunicación: Elisa Vicondo*

*Foto de Solapa:*

*Diseño de Tapa: Agustín Luizi*

*Dirección Editorial: Ludovico Fonda*

*Dirección de Arte: Agustín Luizi*

### **Ediciones Diario del Desierto**

*Realización de Libros, Discos y Revistas*

*Andrade 67 / CP 6070 / Lincoln, Buenos Aires.*

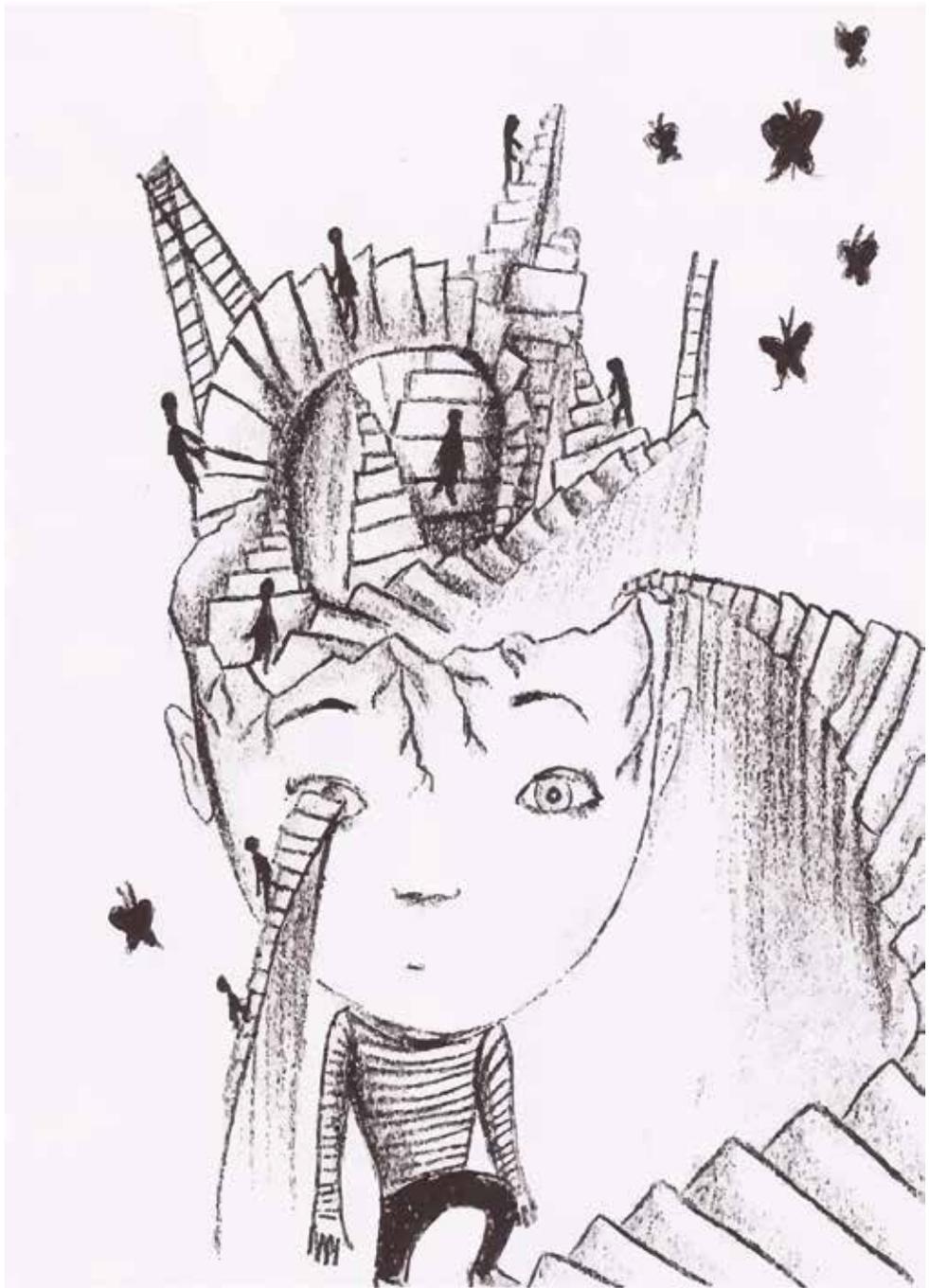
**[www.editorialdiariodeldesierto.com.ar](http://www.editorialdiariodeldesierto.com.ar)**

*Impreso en Lincoln, provincia de Buenos Aires, Argentina*

**[editorialdiariodeldesierto@gmail.com](mailto:editorialdiariodeldesierto@gmail.com)**

*Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723*

**Impreso en Argentina**



**TRAUMA**

# CACERÍA DE BRUJAS

MELINA BALDERREIN

Mi madre, una católica ferviente, nos crió a base de carne de liebre, cabritos y peces. Vivíamos al lado de un bosque y no teníamos mucho para comer, aunque sobrevivíamos. Mamá nos enviaba a mi melliza Ana y a mí a cazar, mientras ella se encargaba de los quehaceres del hogar y de preparar conservas para vender. Teníamos 15 cuando nos alejamos bastante de nuestro hogar. Mi hermana alta, esbelta y madura. Yo, más bien como de calidad pobre. Ese día, Ana me dijo: "Sofía, vos tomá tu caña y quedate aquí en el arroyito y mirá si pica algún bagre. Yo me voy con Sultán (nuestro perro) a encontrar algún cabrito. Por ahí lo consigo para antes del anochecer y regresamos temprano. De todos modos, no me esperes antes de las 6".

Yo me quedé matando el tiempo más que pescando, esperando a que ella volviera. Cuando apareció, traía el pelo revuelto y un brillo especial en los ojos, desde ese día no volvió a ser la misma; si antes era excepcionalmente mejor que yo en todos los aspectos, ahora tenía, además, un tono sarcástico en la voz y la mirada. Ese día comencé a descubrir quién era en verdad...



A partir de esa tarde empecé a descuidar mi labor y a seguir a mi hermana. Mis pies, luego de tirar mis sandalias junto a la caña, chirriaban reventando hojas secas.

La primera vez que descubrí a Ana realizando algo extraño quedé boquiabierto: la vi sentada de cuclillas con las manos abrazándose la cabeza, mientras parecía emitir un débil cántico. Alrededor de ella se encontraban dos figuras más, ataviadas con largas vestiduras. Nadie parecía verme, o eso creía yo. Solo una vez mi hermana levantó la vista registrando los arbustos en donde permanecía oculta.

\*\*\*

La siguiente vez que vi algo totalmente inusual me quedé nuevamente perpleja.

Ana no volvía a casa conmigo por las noches, se rezagaba bastante y sólo traía dos o tres liebres o algún cabrito en su bolsa. El momento de inflexión se dio, para mí, el día que Ana liberó a nuestro perro Sultán de su mundo de trotes, de saltos y de perseguir conejitos por el bosque. Lo liberó y ¡de qué manera! Rebanándole la garganta con nuestra navaja de hacer muñequitos de madera y dejando que su sangre corriera por dos cauces que habían hecho y que llegaban hasta los pies de esas dos figuras que la acompañaban. Tuve que cubrir mi boca con mis manos en ese momento para ahogar el grito. El cuerpo de Sultán quedó allí, inerte, sin sangre y con los ojos oscuros mirando al infinito.

Lloré esa noche sentada en mi cama, en silencio. Más temprano, Ana nos informaba de que Sultán se había ahogado en el arroyito, lo cual no preocupó demasiado a mamá, pues el sabueso cazador ya no sería tan importante debido a que estábamos saliendo adelante con los dulce en conserva que vendía en el mercado y que nosotros ayudábamos a preparar.

\*\*\*

Otro de los hechos que más me marcó ocurrió un día cualquiera, al anochecer. Perseguí a mi hermana, como siempre, en aquella oportunidad. Me encontró una luna radiante en el cielo mien-



tras caminaba, sin que ninguna nube la opacara. Más bien estaba amarillenta y extrañamente redonda. Iba tras Ana con pasos rezagados, escondiéndome de vez en vez detrás de los arbustos. Llegué casi con ella hasta el centro del bosque y allí me oculté para presenciar el próximo espectáculo. Me había alejado mucho de la casa, pero no me importaba. Pude ver a Ana despojarse de sus ropas, quedando totalmente desnuda. La belleza de su cuerpo pálido brillaba con la luna llena. Las demás personas que la acompañaban también se quitaron las prendas y se colocaron collares de flores. El rojo cabello de Ana se destacaba entre los presentes, todos ellos morenos de cabellos y pieles. Me quedé mirando la escena hasta el final, antes de que todos se unieran a una orgía apasionada. Los miembros de aquel aquelarre recitaron al alma del bosque un poema en un idioma ininteligible para mí. Me alejé de allí pensando en lo extraña que me sentía al ver a mi propia melliza practicando tales ritos, si es que eso eran. En fin, yo no sabía de qué se trataba todo aquello. Fue esa misma noche y con la ayuda de una vela que empecé a redactar una especie de diario, destacando todo lo que veía en los encuentros de mi hermana, sus cánticos leves, la sangre de Sultán corriendo por esas rendijas, los pies descalzos en la hojarasca, el fuego ardiendo en el centro del grupo, los cuerpos desnudos retorciéndose en un baile desmesurado, envueltos en humaredas y nieblas de la noche, el cabello rojo volando al viento y ojos inyectados brillando con la luna. Con todos esos detalles fui completando el diario. Y lo mantenía oculto debajo de mi cama.

\*\*\*

Decidí concurrir un día a la biblioteca del pueblo, en donde encontré, afortunadamente, gran cantidad de libros que podríamos llamar prohibidos. Leí mucho durante ese invierno en el cual muchas cabras desaparecían de los rebaños y sus restos eran encontrados en días siguientes, totalmente desangrados. Llegué a la conclusión de que mi hermana era realmente una bruja. En las páginas de esos libros que consulté en la biblioteca, se citaban los mismos rituales que día a día Ana realizaba. Era tan real lo que sucedía y lo que había transcrito que mi diario casi se había trans-



formado en uno de esos libros prohibidos.

El tiempo pasaba y yo seguía observando aquellos ritos paganos que mi madre nunca hubiese soportado. Había transcrito todo en mi diario, siempre refiriéndome a los rituales pero nunca nombrando a mi hermana como protagonista, porque si bien me aterraban sus actos, también me maravillaban. Le hice leer todo aquello a mi madre mientras estaba limpiando mi cuarto. Yo estaba sentada en mi hamaca, leyendo y pensando como siempre en Ana y el extraño brillo en sus ojos. ¿Qué es esto? Fue lo que oí. Ana estaba a un costado de la cocina, pelando papas. Giró la cabeza con gracia, clavando su mirada en mi madre que sostenía el diario mientras me observaba. ¡Es sólo un diario! Dije, ¡cosas que invento! Mi madre se limitó a fruncir el ceño y retirarse. Ana me sonrió.

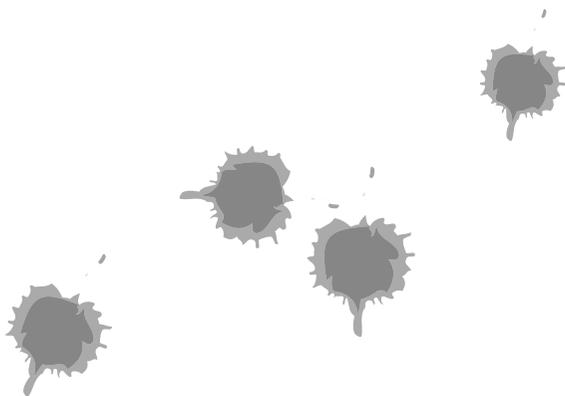
\*\*\*

Al día siguiente, durante la noche más precisamente, me hallaba atada a un gran árbol y las chispas saltaban hasta mi rostro. Las llamas ya habían arrasado con los vellos de mis piernas y mis partes íntimas. El dolor no solo me lo proporcionaba el calor de la hoguera; mis dedos habían sido atrofiados previamente. Mis costillas se clavaban en mis entrañas, haciéndome vomitar sangre. También me habían pasado por la rueda, artefacto maldito que quebró varios de mis huesos. Mi cabello rojo se retorció, transformándose en cenizas. Más abajo, a mis pies, una multitud clamaba mi nombre a la vez que gritaban: “¡Quémela! ¡Bruja! ¡Rameral! ¡Adoradora de Satán!” Sufría. ¿Cómo explicarle a esta gente que yo no era la bruja? Ese diario, si bien era mío, no estaba basado en mi propia vida. Me dejé estar, me dejé empezar a morir.

Mi madre, junto al pastor del pueblo, me miraba. Mi cuerpo cambiaba de un color pálido al tizne de carbón. Mi hermana estaba allí también, aunque no pude dilucidar si lloraba o reía, pues mis propias lágrimas obstruían mi visión del panorama. Mi vestido ya no existía; había ardido junto a la primera capa de mi piel. Ahora sentía mi carne viva. Las llamas la lamían como a un

cerdo asándose a la parrilla. Mi cuerpo desnudo, despojado de cualquier vestidura, de piel, de pelo, viéndose reflejado en cantidades de ojos sedientos de venganza, venganza de imaginaciones vulgares que nunca supieron interpretar.

Entonces la luna salió de repente, iluminando mi rostro tostado, pintado de hollín y descascarado. Piel por todas partes acurrucada en retazo donde no deberían estar. La luna por fin llegó hasta mis ojos y entonces me di cuenta de que era yo, por fin era yo, la que había vivido todo a través de Ana, porque todo estaba allí, en su esencia y en la mía.



# VERÓNICA DEL SUR

*FACUNDO REPETTI*

Su nombre era Verónica. ¿Su apellido? Mejor no mencionarlo, pues era un dolor de cabeza para la antroponimia: tan enigmático y difícil de vocalizar y deletrear que prefiero no marear al lector con palabras raras. Para salvar mi lengua de enredadas pronunciaci-ones, me gustaba usar su procedencia en lugar de su apellido: la llamaba Verónica del Sur.

Debo, ante todo, aclarar algo acerca de su austral origen: no vino de la Patagonia ni de ninguna isla perdida en el Atlántico Sur ni nada que se le parezca. Según sus propias palabras, era oriunda de una colonia ubicada en cercanías de la base militar y científica argentina Marambio, en la helada y lejana Antártida. Admito que pensaba que nadie -exceptuando científicos y militares- habitaba el continente blanco hasta que conocí a Verónica. Y lo que es más: daba por sentado que no existían pueblos ni colonias antárticas. Evidentemente, estaba equivocado. ¿Con quien vivía allí? ¿Cómo fue que logró llegar sola a este pueblo bonaerense y por qué abandonó su tierra natal? Esas son cuestiones que hasta hoy desconozco. Lo que sí me expresó una vez fue que siempre



había querido residir en América. “Siempre me ha interesado, desde niña, la gastronomía suramericana, por eso vine”, aseguraba ella, aunque nunca agregó muchos más detalles a sus explicaciones. Con el tiempo me daría cuenta de lo que quería decir con eso de gastronomía...

Nos conocimos en un bar que ambos frecuentábamos, al cual yo concurría con mis amigos. Siempre estaba sentada sola, en una mesa junto a una ventana, y si siempre bebía grandes cantidades de alcohol, aunque sus movimientos y su perfectamente articulado hablar hacían pensar que no había bebido en lo absoluto.

Un día me separé de mi grupo y me arrimé a ella; estaba deseoso de hablarle a esa muchacha envuelta en un aura de misteriosa distancia y poder contemplar de cerca la singularidad de sus inclasificables rasgos. En apenas un par de noches etílicas –ambos éramos avezados bebedores- ya habíamos formado pareja.

¿Qué pensaban mis amistades de mi, entonces, nueva relación? Pues bien, sus palabras eran más o menos estas: “Tené cuidado con esa chica. Es media rara, ¿de dónde dice que viene? ¿De la Antártida? ¿Y vos te creés eso? Andá a saber de dónde salió esa...” Yo sentía que ellos, si realmente eran dignos de portar un adjetivo tan honorable como amigo, debían aceptar el noviazgo que habíamos formado con Verónica sin hacer objeciones. Pero no fue así; se la pasaban hablando pestes de ella, diciendo, básicamente, que era una farsante. Por ese tipo de actitudes fue que comencé a cuestionar la genuinidad de mis amistades y terminé por perder contacto con todos. Cuando eso ocurrió, la muchacha del sur pasó a ser mi única compañía.

Poco después de que nos pusiéramos de novios, Verónica se fue a vivir conmigo. Vale aclarar que nunca supe en donde se había estado hospedando hasta entonces y ni siquiera si tenía familiares o amigos en el pueblo; parecía ser yo, para ella, la única persona en el mundo. Le gustaba quedarse en casa todo el día.



Solía estar en la cocina cuando yo salía para el trabajo y, cuando regresaba, estaba en el living mirando televisión o barriendo. Se mostraba hogareña y de costumbres normales, si. Pero todo cambiaba durante la noche. En este punto, trataré de dar explicaciones tan claras como la memoria me lo permita...

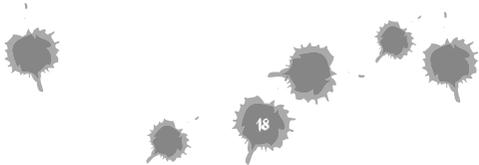
Ni bien caía el Sol, comenzábamos a beber. Mucho. Muchísimo. Aun no sé qué era lo que precisamente pasaba a la medianoche, pues mi capacidad de recordar, en este punto, es víctima de una emboscada emocional muy fuerte y difusa. Sí recuerdo que me despertaba al día siguiente, en horas del mediodía, desnudo y con mi cuerpo lleno de huellas de mordeduras. No había duda de que Verónica me las había infligido. Por supuesto que cada vez que eso pasaba, le preguntaba a ella al respecto. Su respuesta era siempre la misma, palabras más, palabras menos: "Mi vida, hicimos el amor muchas veces anoche; estabas como loco. Muy apasionado. ¿no recordás nada? Es que bebiste demasiado... Te muerdo la piel porque me dijiste que te gusta que lo haga". Yo le creía todo, pues era cierto que el alcohol deprimía en gran medida mi memoria y me cegaba ante mis propios actos. Pero no me convencían las explicaciones acerca de las marcas de mordidas pues, más allá del desenfreno del acto sexual, varias de ellas eran bastante profundas, dolían y era evidente que hasta habían sangrado de manera abundante.

De cualquier manera, me hubiese gustado levantarme esta mañana y ver esas mordeduras sobre mi piel, en lugar de encontrarme con la escena ante la cual me hallé al despertar: violentamente mareado, noté las sábanas y mi cuerpo manchados de sangre. Muchísimas (¡muchísimas!) manchas rojizas tapizaban el piso de la habitación también. El espanto del momento se mezcló con el malestar general que vibraba en cada recoveco de mi cuerpo, distorsionando mi equilibrio. En mi panza hallé una sutura que parecía haber sido hecha por un cirujano profesional. Era como una cordillera que se extendía desde la última costilla (de arriba hacia abajo) del lado izquierdo hasta la ingle, surcando por encima de mi estómago en sentido diagonal. Supuse que la sangre que había por todas partes era mía; entonces me invadió

un macabro presentimiento: Alguien me había robado uno o más órganos. Corrí por toda la casa buscando a Verónica, pero ella no estaba. En su lugar encontré una carta suya sobre la mesa del living.

Por más que el tiempo y el alcohol hayan deteriorado mi memoria, jamás olvidaré ni un punto ni una coma de lo que leí en aquella carta:

○	<i>TE AMO, SI. Y ES POR ESO QUE DECIDÍ VOLVER A MI CONTINENTE ORIGINAL PARA NO HACERTE MÁS DAÑO.</i>
	<i>ESPERO LOGRES PERDONAR LO QUE TE HICE, AUNQUE ESTOY SEGURA DE QUE JAMÁS PODRÁS.</i>
	<i>OJALÁ ENTIENDAS QUE MUY POCAS PERSONAS TIENEN ÓRGANOS Y SANGRE COMO LOS TUYOS, QUE SON IDEALES PARA LA ALIMENTACIÓN QUE NECESITO.</i>
○	<i>SIN PENSARLO Y SIN DESEARLO, TERMINÉ ENAMORÁNDOME DE TI Y POR ESO NO PUDE DEVORARTE COMPLETAMENTE. PERO TAMPOCO QUISE QUEDARME CON HAMBRE...</i>
	<i>ESPERO QUE SEAS MUY FELIZ.</i>
	<i>DENTRO DE TODO, PODÉS ESTAR TRANQUILO: TU HÍGADO SE RECONSTRUIRÁ Y AUN PUEDES VIVIR NORMALMENTE CON UN SOLO RIÑÓN.</i>
○	





DEPRESIÓN

# ETERNIDAD CENTENARIA

*FACUNDO REPETTI*

A todos nos llega la muerte le había dicho ella en sus mocedades. En aquel entonces, la enfermedad ya la tenía entre la espada y la pared (una pared muy gruesa y una espada muy afilada y alevosa). La muchacha no logró superar los 30 años. Su novio contaba con 27 cuando eso ocurrió y la sobrevivió por una descabellada cantidad de años, a lo largo de los cuales él buscó, en vano, un sentido a su propia vida. Pero la muchacha se había ido a la tumba arrastrando consigo todas las razones que, de alguna manera, motivaban la existencia de su amado.

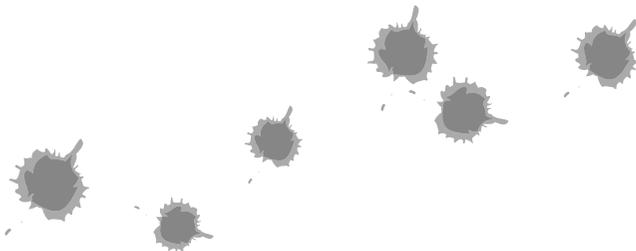
Desde entonces, durante toda su vida, ella se le aparecía en sueños. Cada noche. Todas las noches. Indefectiblemente. Le decía –casi le rogaba– que siguiera con su vida, que no se preocupara por ella, que lo esperaría el tiempo que fuese necesario, allí, del otro lado del umbral de la vida, para volver a estar juntos.

En un oscuro rincón del alma del joven, un alma que no esperaba nada más que volver a estar con su amada, se fueron amontonando los días, los meses y los años, como las ramas secas de

un árbol muerto que por alguna razón se niega a caer aunque esté podrido por dentro. Y el joven llegó a la adultez. Y el adulto llegó a la vejez. Y el anciano fue más y más viejo... un año detrás de otro parecían vagones de una triste caravana sin fin. Él se convirtió en el primer humano alguna vez olvidado por la muerte; a la parca se le había traspapelado su nombre y llegó a los 199 años. 172 años esperando la muerte para encontrarse con su amada.

Una noche, aun contando él con 199 años, ella no se presentó en sus sueños. Y la noche siguiente, tampoco. Ni tampoco la siguiente a esa. Ni la otra. Floreció en la mente del anciano el peor de los pensamientos: su amada se había cansado de esperarlo. Pero la avanzada edad de aquel infeliz, que por dentro seguía siendo el mismo joven enamorado de 27 años, tenía una ventaja: había llegado a vivir en una era en la cual, al menos en su país, el suicidio asistido era completamente legal. Existía una máquina llamada "La Esfera" que les permitía a los usuarios quitarse la vida de una forma segura y pacífica.

Entonces el anciano consiguió una Esfera y se marchó el mismo día en el que cumplía 200 años. ¿Su amada aun lo esperaba del otro lado del umbral de la vida, como le había prometido? Sólo él lo sabe.



# DIENTE DE LEÓN

MELINA BALDERREIN

Corría el año 2012 y un miserable se estaba viendo al espejo: Un ojo más grande que el otro. Boca estrecha, facciones descontradas, cabello inmanejable, dientes separados, cejas coloradas y desmedidamente grandes. En fin, total asimetría, pensaba León. Porque ése era el nombre de nuestro miserable en cuestión.

Con 25 años en su haber, aun no tenía nada porque vivir y nada por qué morir. Una cosa pequeña y desordenada como su mente, un trabajo mediocre de medio tiempo con el cual casi no llegaba a fin de mes y una bicicleta desinflada y prácticamente en estado vegetativo que al andar cantaba la canción: “¡Qué vergüenza tengo de ser un transporte chatarral!”. Cantaba literalmente, pues cada centímetro de ella se retorció y silbaba como un pájaro afónico en el peor de sus días y esto hacía que la gente se diera vuelta para observar la situación. Ese era el único instante en el que sucedía, pues el resto del tiempo León era invisible. Esto explicaba por qué, nuestro miserable en cuestión, salía tanto a dar vueltas en su chatarra enemiga: para que alguien se fijara en él.

Pero en la vida de nuestro miserable no eran todas tan feas como él creía. De niño había sido un buen cuentista en el colegio y ahora, en el presente, continuaba en las noches con sus cuentos y poemas que más bien eran reminiscencias de las lápidas de los cementerios. Todo negro y tornado de melancolía. Era fanático del dolor y de sentirse triste. Si alguien alguna vez hubiera hecho un retrato del dolor personificado, él lo tendría en su living como su mentor. Sus poesías daban dolor de cabeza y náuseas y hacían restregarse por los pisos a los corazones de los más valientes y bravos.

Lo único que sacaba a León de su situación era dedicarle estrofas a su amada e ir a cantárselas al balcón como un tal Romeo hizo una vez. La muchacha le cerraba la ventana en las narices y hasta le arrojaba macetas con flores y todo sobre la cabeza para luego sacarle fotos y subirlas a Internet. Las burlas corrían por el pueblo a una velocidad que siempre superaba a la desvencijada bicicleta de nuestro miserable al cual todos llamaban: "El hombre maceta". Entonces el miserable se retiraba lo más lejos posible del pueblo, hacia las colinas, para mirar las estrellas. Se sentía un Galileo, observando el cielo, un Neil Armstrong viajando a la Luna, un erudito maya calculando el calendario. Pero solo era, de profesión y dedicación, un miserable que esperaba que se apagaran todas las luces del pueblo para que el cielo mostrara todas sus constelaciones, nebulosas, estrellas y cinturones de asteroides. Pero esto sólo se conseguía cuando había tormenta, pues la luz eléctrica se cortaba. Aun entonces no podía ver las estrellas; el cielo estaba guardado bajo un cúmulo de nubes que conducían a León de nuevo hacia su mundo de paredes derritiéndose y sueños dentro de ataúdes sin fin. ¿De qué vale desgranar metáforas debajo de un balcón, si luego te llaman maceta?

Pero la principal aventura del miserable comenzó un día en el que saltó de la cama por un dolor fuertísimo en un diente; al parecer infectado. Esa misma mañana se presentó en el dentista. Al revisarlo, el doctor hizo una mueca de asombro y estupefacción y arrojó el espejo al fondo del bien lustrado y perfumado salón de trabajo. "¡Esto está mall!", soltó. "Pero acá, en este pueblo,



no contamos con los instrumentos para extirpártelo". Sin entender nada, León se limitó a preguntar: "¿Cómo?". A lo que el profesional respondió: "Tienes un problema muy grande en ese diente. Voy a derivarte a mi colega del pueblo vecino. Éste odontólogo, además, se dedica a otras cosas". León aun se preguntaba qué clase de cosas podían ser aquellas cuando pisó tierra del pueblo vecino, Llevándola la dirección del profesional y la del hotel donde iba a parar, ya que pensaba tomarse unas vacaciones de la vida misma.

A la primera mujer que encontró en el pueblo le preguntó en qué dirección quedaba la calle J.... Ella lo miró con demostrado asombro y en un traqueteo de tacos desapareció. Un grupito de niños se topó con nuestro miserable después de eso. Algunos retrocedieron al verlo y otros prepararon sus ondas para arrojarle piedras. El más pequeño de los niños se quedó atónito gritando: "¡Mamá sí que tenía razón cuando dijo que, si no tomaba sopa, llegaría el cuco!" Pero León ya no tenía ganas de dar explicaciones y siguió dispuesto a averiguar el camino. Una madre, junto a un poste de luz, levantaba a su hijo dormido en brazos. Ambos se espantaron al oír la voz de León. La mujer escondió a su pequeño detrás de su falda y éste hizo otro tanto metiéndose debajo, mientras la mujer le recriminaba al miserable: "¿Quién es usted?!".

León les preguntó a más de 30 personas por la ubicación de la calle que él buscaba, pero todos huyeron sin darle una respuesta. Algunos movieron el puño amenazándolo e incluso extrajeron ajos de sus bolsas de supermercado para colgárselo al cuello. En el trayecto se topó con un poste de luz que tenía un panfleto pegado con la siguiente leyenda: "Se busca remedio para curar desconocidas descomposturas severas que les toman a los niños pequeños. Si usted halla una planta llamada Diente de León, concurra inmediatamente al consultorio del dentista, herbólogo y chamán del pueblo". Todo resultaba muy extraño.

Antes de que se diera por vencido y se tirara a descansar frente a una puerta, nuestro miserable se topó con toda clase de cosas: animales que lo querían morder, gente que azuzaba a sus perros

cuando veían que él se aproximaba, árboles que se secaban en sus troncos y se desvanecían sobre las veredas, nubes que derramaban gotas de lluvia solamente sobre él, pasos que no le pertenecían y que se unían a otras personas para no ser los suyos. Hasta la sombra en un momento se desbocó, se encabritó como un caballo y desapareció desprendiéndose de su cuerpo miserable.

Mientras tomaba un respiro, ya prácticamente rendido por no encontrar el consultorio, la puerta que tenía a sus espaldas se abrió y por ella se asomó un hombre envuelto en una bata blanca de trabajo y varias salpicaduras de sangre en ella impresas. Cuando León giró para ver quien era su recibidor, éste se echó hacia atrás y casi tropezó con el paragüero de la entrada. Luego pareció reflexionar un instante sobre los acontecimientos y rarezas del mundo y dejó pasar a León a su consultorio. Sin saberlo aun, había llegado al lugar que estaba buscando.

Una luz iluminaba la boca abierta de León y el odontólogo examinó minuciosamente el diente en cuestión. “Nunca vi un caso similar”, expresó el doctor. León solo dijo: “Lo que me duele es la raíz del diente”. Pero el profesional explicó que aquello no parecía una raíz común y corriente: “No, tiene forma diferente... no precisamente de raíz de diente. Más bien es como un árbol creciéndole dentro de su boca”. Ante la explicación del odontólogo, León largó una carcajada atragantada y preguntó extrañado. “¿Árbol?”. Al parar de reírse, un espejo en la sala se partió en mil pedazos. El odontólogo lo señaló con el dedo, seriamente, a su paciente y le dijo: “No vuelvas a hacerlo”. Entonces le dio la espalda a León y realizó luego varias llamadas en las que hablaba despacio pero con mucho énfasis.

El dentista desapareció, dejando olvidado a León. Éste, al descubrirse solo en aquella sala, comenzó a soñar despierto hasta caer dormido de hartazgo. Se despertó luego, entre un tumulto de pasos que se le acercaban llamándolo: “¡León! ¡León! ¡Despierte!”. El miserable obedeció al mandato y se vio rodeado de muchas señoras, señores y niños de todas las edades. El dentista,

parado a la cabeza del sillón, señaló a León y dijo: “¡He aquí nuestra cura para los chicos doloridos! ¡He hallado el Diente de León!” Y prosiguió a contarle a la muchedumbre que León tenía en su boca la raíz de un árbol que estaba creciendo. “A continuación le extirparé, como el mejor y único dentista del pueblo, herbólogo y chamán, la raíz sanadora y mis niños ya no sufrirán malestares estomacales”.

\* \* \*

Lo que nuestro miserable recuerda es que intentaron extirparle la raíz y el dentista descubrió que el árbol se extendía por toda la boca, subiendo, hasta el cerebro. Esa era la razón por la cual León pensaba y veía cosas insensatas o bien insensatamente sensatas sobre el mundo.

Las madres de los niños enfermos prepararon licuados y té con el árbol extirpado para que los bebieran; estos se curaron al instante de sus males, ya fuera por sugestión o bien por el remedio mismo, en fin, remedio de sugestión. Nuestro miserable, que ahora era conocido como León, el Beneficiado, como Diente de León o también como La Raíz Mágica, se hizo famoso en ese pueblo y ya no volvió a oír cosas como: “¡Ahí va el Hombre Maceta!”, frase que escuchaba cuando salía de su estado permanente de invisibilidad en su pueblo natal.

El tiempo pasó y León se transformó en el personaje mejor persona del pueblo. Fue condecorado, le hicieron un busto de hierro que colocaron en medio de la plaza principal y se llenó de clubes de fanáticos que se autodenominaban “Los Leoncitos”, quienes subían fotos de nuestro miserable a sus cuentas de Facebook. León se sentía bien, tan bien que no entendía por qué. Ya nadie lo miraba de forma extraña, ni escupían a su paso, ni se persignaban, ni corrían a esconderse debajo de las camas. Hasta su sombra un día volvió, pidiéndole disculpas y pegándose de

nuevo a él.

Mirando las estrellas, al mejor estilo Galileo, nuestro miserable se dio cuenta de que había que tener una habilidad especial para ser querido y tenido en cuenta. Toda aquella gente que antes ni se fijaba en él o se espantaba al verlo rozar el suelo con sus pies... Hasta sus pasos ¡malditos pasos! se habían escapado persiguiendo a otro par por vergüenza de verse persiguiendo a un ser miserable. León resolvió, entonces, que no quería ser amado por sus habilidades, sino tal como era; no intentar ser otro o demostrarse como el mejor para que se fijaran en él. Decidió ser solo él mismo. Se miró al espejo: un ojo más grande que el otro, sí, pero el más grande llegó a ver los detalles más íntegros y con el más pequeño observó el interior de sí mismo. Boca estrecha, sí, pero con ella no habló de más. Facciones desencontradas, sí, pero ¿acaso Johnny Depp no triunfó con El Joven Manos de Tijera con su cabello de otro mundo? Dientes separados, sí, pero más fácil para pasarse escarbadiantes. Cejas que más bien parecían continuación del cabello, tal vez. Orejas coloradas y grandes, claro, pero atentas a cada sonido del mundo y listas para escuchar el silencio y sus propios sentimientos. "Todo simetría", pensó León. "Mi simetría". Y armó una valija con su poca ropa y sus cuadernos de poesías y cuentos, y se marchó del pueblo a desgranar y despilfarrar metáforas con la alegría del mundo y de las estrellas que ahora eran totalmente suyas.

El viento le traía olor a libertad y unos aleteos de pájaros volando le anunciaron un nuevo amanecer en su vida. Así se marchó nuestro miserable que ahora tenía su historia y empezaba una mejor con un nombre nuevo: Dichoso. Porque, como dijo un filósofo, un hombre es lo que cree ser. Y León creía ser dichoso y, por lo tanto, seguramente lo era.





# MORIR EN VIDA

*FACUNDO REPETTI*

Nunca he sido capaz de desprenderme de la insondable angustia que, desde siempre, a acompañado mi vivir. Quisiera, primeramente, dejar en claro que esa angustia no tiene sus raíces en problemas mundanos, como podrían ser el estrés, la ansiedad o la soledad. Honestamente, no puedo precisar de dónde sale. Solo sé que no llega por sí sola; es como la onda expansiva de un factor físico relativamente benévolo y mucho más sencillo de describir: un particular aroma, sublime, una fragancia que inunda repentinamente el aire que me rodea. Una nube invisible de perfume que, una vez que se presenta, me persigue a todos lados, imperturbable y suave. No me hace ningún daño, pero anuncia la inminente aparición de un profundo malestar emocional posterior. Huele como a lavanda, quizás mezclada con manzanillas. No lo sé; jamás estuve muy seguro y no he sido capaz de hallar su fuente. Desconozco si soy el único capaz de detectarlo. Aunque parezca contradictorio, amo la exquisitez de esa fragancia. Sí, me encanta, aunque detrás de ella sobrevenga la angustia que he descrito antes.

Y he ahí, en toda su abstracción, el primer amor de mi vida; la primera cosa que fui capaz de amar de la misma manera que alguien se enamora de aquello que lo destruye: ese aroma, el presagio del fin de los últimos segundos de tranquilidad en mis días; después del perfume viene la angustia y su tiempo de permanencia es indefinido. Cuando el aroma se hace sentir, se vuelve escolta de mis pasos. Por más que recorra inmensas distancias y supere los más grandes abismos terrenales, el aroma aparece en cualquier punto que me encuentre. Aparecerá. No ha pasado un día sin que aparezca, aunque sea sólo por algunos minutos. Es capaz de atravesar mis fosas nasales cuando estoy triste, cuando estoy contento. Se apodera de mis pulmones cuando me encuentro en campo abierto, a un costado de la ruta o en casa, encerrado, escuchando las gotas de lluvia golpeando las chapas de los techos en el exterior como perdigones. De alguna manera, cuando el invisible vapor se introduce en mi cuerpo, desata una angustia que se despliega sobre mi alma a los pocos segundos, causando estragos sentimentales enormes, distorsionando mi autoestima y percepción de la vida. Desconozco y probablemente desconozca por siempre cómo es que un gas nostálgico y dulce termina operando de una forma tan nefasta sobre los pilares de mi salud emocional y cierne sobre mi conciencia un indefinible y brumoso manto de congoja. Con toda seguridad, aquel perfumado fantasma invisible que me vigila acabará con la alegría de, incluso, el momento más sencillo, instalando pesares en mis entrañas y haciéndome sentir un siniestro cosquilleo que, de un momento para el otro, me arrebatara el apetito, la alegría y, en última instancia, mis ganas de vivir que, a veces, desde ya, están en bastante mal estado, pues ese arroyuelo de incomprensibles penas ha ido erosionando mi organismo por dentro.

Más de uno podrá preguntarse: “¿Y no has hecho nada por aliviar tu pesar, por curarte de esa angustia?” Por supuesto que sí; pero los métodos convencionales nunca me han servido de nada y fui, con el tiempo, abandonando las sesiones de psiquiatría, psicoanálisis y otro tipo de disciplinas similares que en algún momento había considerado que podían salvarme. Buscando

sacarme de encima todas esas extrañas emociones que jamás me han permitido vivir como me gustaría, he incursionado, a su vez, por caminos más oscuros e insanos... Pero no hallé manera de detener la aparición del aroma y el eventual advenimiento de la angustia: se cernían sobre mí incluso cuando me drogaba o cuando estaba completamente alcoholizado. Era obvio que aquel malestar venía de afuera y seguir atacando a mi cerebro con sustancias nocivas era completamente inútil. Fue después de llegar a esta desalentadora conclusión que se abrió ante mí, como los pétalos plúmbeos de una macabra flor oscura, la tentadora idea de quitarme la vida. Vale aclarar que aquello no me sedujo con gran fuerza al principio, hasta que comencé a informarme al respecto y, gradualmente, fui casi obsesionándome con el tema. Sin que me diera cuenta, el fantasma del suicidio comenzó a cortejar mi consciencia y a fundirse y mezclarse con mis pensamientos.

Recuerdo haber leído en un viejo libro de mi biblioteca personal, que de cada 20 personas que intentaban matarse, sólo 1 o 2 lo conseguían. El resto terminaba herido, lesionado, a veces con espantosas secuelas. A pesar de que ese detalle me desalentó profundamente, me aferré a la idea de que el libro era bastante viejo y que quizá ya existían métodos más sofisticados para abandonar esta vida. Quería creer en la idea porque sentía que era mi última alternativa. Aunque desconociera cómo proceder, la decisión estaba tomada: mi vida acabaría pronto. Era mi deseo y nadie, NADIE, podía tener el derecho a negármelo. Casualmente, poco después de arribar a esta instancia, llegó a mis oídos una buena nueva sobre una máquina para matarse: una cápsula dentro de la cual podías sentarte y acabar con tu propia existencia en apenas unos minutos. El artefacto eliminaba el oxígeno gradualmente y el usuario moría en un desmayo. Cero sufrimiento. Cero riesgo. Creada por un pro-eutanasia, de nacionalidad rusa si mal no recuerdo, la máquina de la muerte ya había sido utilizada por muchas personas, pues era relativamente sencillo acceder a ella, y su efectividad era indiscutida.

\* \* \*

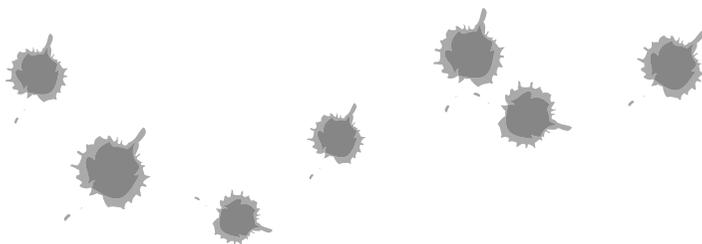


La O.N.G. que se encarga de suministrar esta máquina también se asegura, a través de un cuerpo de respetados profesionales, que el usuario esté en pleno uso de sus facultades mentales y que no se halle bajo ninguna influencia externa que lo incite a quitarse la vida. Los médicos que vinieron a visitarme pudieron corroborar fácilmente el buen estado de mi salud mental y autorizaron el envío de una Esfera (así se llama el aparato).

Hoy me ha llegado. Abro su puerta de cristal y me siento en la butaca que hay en el interior. Cierro la puerta, dejándome a mí mismo encerrado dentro. Junto al apoyabrazos derecho, hay un botoncito... ese botoncito me va a liberar... pero... ¿Y eso? eso... ¡Sí! ¡No es de extrañarse! ¡Por supuesto! ¡Esa fragancia! ¡El aroma está también aquí dentro! En mi vientre comienza a hormiguar una angustiante cosquilla y mis ojos quieren derramar lágrimas. ¡Apretaré el botón antes de que el la angustia sobrevenga y arruine incluso éste momento!

CLICK! CLICK! CLICK! CLICK!

ALEA JACTA EST!





LOCURA



**EXTRAÑO**

*MELINA BALDERREIN*

El mundo está extraño. Esto es lo que pasa hoy en mi casa:

Los muebles tartamudean. Los libros se leen en voz alta. Lo canarios, en círculo, encierran una jaula. El ventilador se engulle el viento. Las copas anochecen.

El salero se pasea bebiendo un licor. Yo camino sobre mis dientes. Las alfombras rezongan frente al televisor y éste se rasca la oreja, preocupado.

Las flores se borran los pétalos y el florero se desvanece. El diccionario atrapa burbujitas de jabón. Las cortinas horizontales y oscuras resplandecen en su color blanco.

Por todo el cuarto vuelan las sandalias, los zapatos y las medias. El ropero parpadea porque le entró una basurita.

La llama de la vela arde cera mientras lee un catálogo. Hay



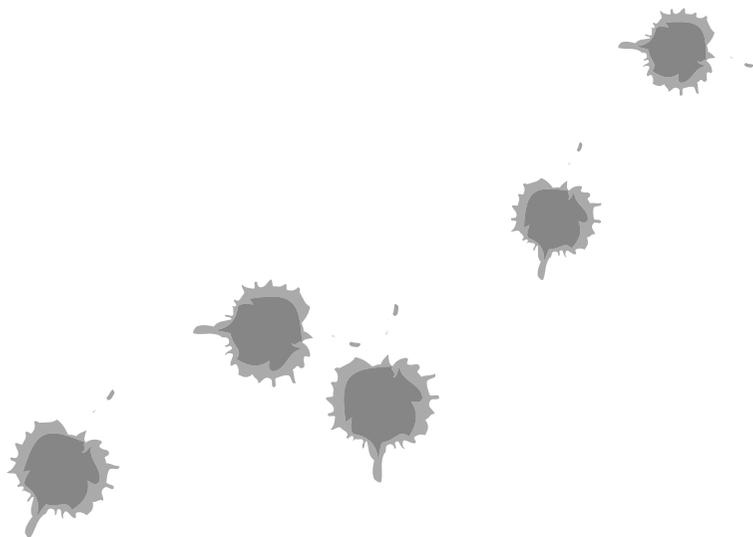
esparcido por el suelo el cerebro de mi cuaderno; creo que tuvo un accidente. Chocó con las sandalias y se enredó en las burbujas de jabón.

Rechinan los dientes en las cerámicas y mi cabello se derrite.

El agua salpica peces.

Las escobas chiflan una canción desesperada.

Yo me arropo frente a la licuadora. Hace mucho frío para dormir sobre el piano.





# OJOS DE CRISTAL

*FACUNDO REPETTI*

Sé que es completamente normal tener, de vez en cuando, un mal día. Pero, para mí, ya era una costumbre... Supongo también que cualquier persona que vive un día así, que vuelve a su casa después de una jornada laboral extenuante, desea tirarse a descansar, preparar luego un buen plato de comida y finalmente descansar para poder recibir la mañana siguiente con las mejores energías. Pero, para mí, eso era una utopía: Cada vez que salía del trabajo, lo hacía completamente irritado y estresado. Pero ese no era mi mayor problema. El asunto se tornaba insufrible cuando llegaba a casa: mejorar mi ánimo era una tarea titánica y casi siempre imposible...

Después de abrir la puerta principal y atravesar un largo y gélido pasillo, llegaba al living. Ahí, en el rincón más oscuro del salón, sobre un pequeño banco de madera, había una abominable muñeca, desnuda y sentada con las piernas abiertas de forma perversa. Había sido de mi abuela materna y estaba desde hacía muchísimos años en la casa; era una reliquia familiar. Puedo verla alegrándole la vida a mi querida hermana menor cuando reme-

moro los días más tempranos de mi adolescencia. La pequeña Sofi –que en paz descanse- solía amenazarme diciéndome que, si yo me atrevía a tocar su muñeca, ésta me cortarían los dedos con la boca colmilluda que tenía en la entrepierna. Jamás hice un esfuerzo por interpretar aquellas palabras, pues daba por sentado que eran el producto de la imaginación una niña.

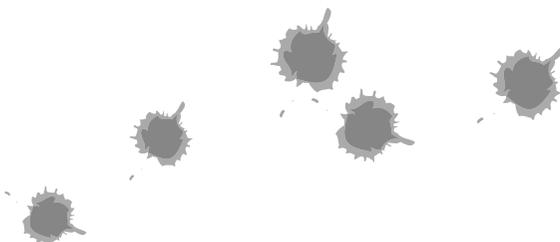
Aunque desconozco cómo aquel juguete llegó a transformarse en una pesadilla, en un ser tan ominoso, sí estoy seguro que fue después del fallecimiento de mamá y papá, cuando me quedé completamente solo en la casa. Desde entonces aquella muñeca se convirtió en mi cruz: todos los días me esperaba para atormentarme clavando sus cristalinos ojos de verdugo sobre mí. Mi hermanita murió por mi culpa, pero fue un accidente. De hecho, la ley de los hombres me absolvió de toda pena. Pero la otra ley no me perdonaría nunca y la mirada de aquella muñeca era el tácito veredicto: pena de muerte espiritual.

No pasó mucho tiempo hasta que la disforia de mi estado de ánimo y mi demacrado aspecto comenzaron a llamar la atención de mis amigos. Entonces decidí conversar con ellos acerca de mi martirio, convencido de que eso me ayudaría a aplazar la locura, cuyo peso ya podía sentir sobre los hombros. Pero, en donde esperaba encontrar consuelo, hallé risas burlonas y siempre la misma estúpida recomendación: “¿Tanto lío por una muñequita? Si te molesta, tirala a la basura o prendela fuego”. ¡Necios! ¡En una situación tan insana el sentido común no servía para nada! ¿Creían acaso que no había intentado deshacerme de ella? Mil veces la había abandonado en los caminos más recónditos del partido, para nunca más volver a verla. Pero esa maldita ya estaba de nuevo sentada en aquel rinconcito cuando yo volvía... ¡Y quemarla o destruirla de alguna manera me estaba vedado por mi propia conciencia! ¡No podía aniquilar la memoria de mi hermana y mis padres! Mis amigos podrían reírse de mí, si. Pero estoy seguro de que ellos no ignoraban el aura de maldad que la mirada de aquella muñeca emanaba: los que alguna vez tuvieron la oportunidad de verla, no quisieron volver a casa de nuevo. Todos ellos, con el tiempo, acabaron alejándose...



Mi inestable cordura auguraba que la situación se volvería insostenible en algún momento. Inevitablemente tenía que hacer a un lado las memorias emocionales que me unían a mi hermana y mis padres si de verdad quería librarme de aquella nefasta muñeca y su diabólica mirada. Finalmente estallé un día que volví del trabajo sintiéndome peor que nunca. Ella, con su mirada eternamente acusadora, estaba esperándome como siempre. No pude soportar más... Me le abalancé y comencé a desgarrarla con los dientes. ¡Como creo que cualquier otro atormentado hubiera hecho! Dentellada tras dentellada destruí su carne plástica que extrañamente, por momentos, sabía a carne real: podía sentir el suave y particular gusto a óxido que tiene la sangre... Al final la hice trizas. Luego junté los pedacitos que habían quedado desparrramados y los arrojé a la basura. Entre aquellos restos noté que no estaban los ojos de cristal. No supe que había sido de ellos hasta hoy a la mañana, cuando los encontré en mi cama, debajo de la almohada. Enseguida los puse sobre el piso y los molí a pisotones. Quedaron reducidos a polvo que, posteriormente, eché por el inodoro.

Pero, ¿Cómo llegaron hasta abajo de la almohada? ¿Por su cuenta? ¡No lo creo! ¿Será que, aunque haya destruido la muñeca, no sea la de mis ojos la única mirada que hay en la casa?





**OSCURAS LUCES  
EN EL ASILO DE MI CONSCIENCIA**

**MELINA BALDERREIN**

¿Qué era lo que brillaba en la oscuridad? ¿Una luz de vela? Puede ser que fuera la enfermera con la vigilancia nocturna. ¿Y si era un familiar del mundo que llegaba con esa cara conocida y desconocida al mismo tiempo? Esos que a veces traen ramos de flores para mi jarrón manchado de sarro de agua vieja. Ellos sólo depositan flores, retoños de árboles cansados que obsequian al mundo. Flores que luego se marchitarán, agregando más sarro al jarrón. Pero ellos no saben que para mí no sólo son flores; también son el mundo que me extrae de él mismo. Esa partícula de polen que perdió, por casualidad, la extremidad de una abeja, perdiendo la oportunidad de crear una nueva vida que crece de la tierra fértil. Esas terminaciones alegres de las ramas llenas de colores que mis ojos perciben, quizás sean sólo grises; blancas y negras. Yo en ellas veo un azul metafórico de un mar profundo. Un amarillo de alas de pájaros ariscos con olores a aires frío. Un púrpura de las cofias de las damas que se pasean por sus jardines de invierno resaltando entre la nieve que cae. Un celeste y un lila de un cielo crepuscular limpiado de humo y vientos sucios.



Ellos cortan esas flores con manos rápidas, cansadas, sin ganas de detenerse a pensarlo. Yo veo esos rápidos movimientos como rayos, rayos que reflejan los espejos en noches tormentosas, rayos que destrozan copas de pinos, haciéndolos desgranar las piñas que, al caer, rasgarán las ramas de los árboles más pequeños y sus flores cerradas para siempre se precipitarán a la tierra nocturna y ya no habrá otra oportunidad de hacerlas un ramo para el alféizar de mi ventana, por la que no puedo asomarme por hallarse tan a la distancia. Pero sé que por allí se cuele el aire, pues los aromas de las flores revolotean con ademanes escandalosos frente a mi rostro, pudiendo, yo, así, percibir que existen miles de sentidos en mi cerebro. Los puedo percibir en mí. Las voces coléricas y copiosas de otros pacientes lindantes a mi situación, los colores, los únicos que adornan mi cuarto, los de esas flores sumisas que se dejan cortar para ser llevadas a mí y vivir una vida corta. Futuro sin sentido alguno; sólo esperar mis días y anhelar mis noches.

La áspera camilla en la que reposo, que acaricio con mis dedos, (los únicos libres) como si fuera un gatito que me devuelve el mimo con un tacto tan triste que más gratificante sería que no estuviera allí. El aroma de la habitación; cloro, alcohol y desinfectante. Una mezcla tóxica que se mete hasta las más profundas terminaciones nerviosas y me deja sin aire. Solo respiro cuando el viento acarrea sus aromas de capullos. Percibo el sabor de mi boca seca, áspera, del agua cuando cae en gotas, el suero que modifica con su aguja mis venas e inunda mi cuerpo de un sabor que no puedo sentir pero que está allí. Se impone y hace que mi cuerpo siga existiendo sobre la camilla, que mis ojos sigan viendo las flores, que pueda escuchar los acordes silenciosos de los padecimientos de mis semejantes, que pueda tocar ese gato sarnoso que duerme en mi lecho áspero, que pueda oler esos aromas tan contradictorios.

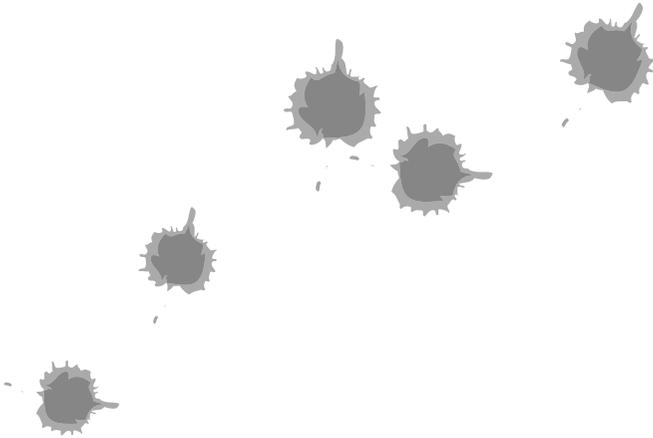
Además de percibir esos sentidos humanos y mortales, puedo llegar hasta las mentes con la mía propia y saber que allí anidan los mismos temores y verdades y mentiras guardadas en cerebros enfermos dentro y fuera de estas paredes. Los de dentro, expues-



tos y los de fuera ocultos tras oscuras noches sin sueños, tras espejos muy bien maquillados, tras copias púrpuras resaltando en jardines de invierno, tras gritos ahogados contra el viento, tras llantos sumergidos en mares, disimulados, sin medicinas de sueros o pastillas, pero bajo placeres sin sentido que dejan un vacío en el alma, como familiares del mundo que arrancan flores de sus terrazas, de la mano del vendedor, de una plaza cualquiera para traerlas a mi jarrón que rezuma sarro por todos sus escondites visibles.

Lo que brilló en la oscuridad era la realidad, la realidad de la claridad cerebral y física que me libera del mundo que se impone por delante de mis ojos para que lo vea tanto, hasta lo más profundo del ser de los seres que logran dejarme ciega.

Mundo: No hagas ruidos escandalosos. Sólo estoy pensando...





**MUERTE**

# EL DÍA DEL PARÁSITO

*FACUNDO REPETTI*

Mientras atravesaba el ex predio ferroviario, -transformado en parque recreativo- la vi. Estaba sentada en un banco, cerca de unas hamacas y otros juegos infantiles. Tenía la boca cubierta con sus manos envueltas en guantes de lana. Estaba llorando. Yo pasaba casualmente por allí y, con amabilidad disimuladamente entrometida, le pregunté por qué se sentía mal. Se presentó con el nombre de Haydee y con lágrimas en sus ojos se quejaba de un dolor de cabeza que no la abandonaba desde hacía días.

Hice mi mayor esfuerzo por auxiliarla aquella tarde de invierno. Intenté hablar sólo cuando fuera necesario; creí que hacerlo en exceso podía empeorar las cosas. Cuando me aseguré de que mi presencia no la incomodaba, la invité a tomar un té, un café o lo que quisiera, en casa. Entre sollozos, ella aceptó mi invitación.

Luego de beber una taza de té de boldo, manifestó sentirse mucho mejor, pero no totalmente aliviada. "Si gustás, estás invitada a venir mañana también, a la misma hora." le dije y se marchó muy agradecida, prometiendo regresar al día siguiente. Y cum-

plió. Y regresó también en días posteriores. Pronto, las visitas de Haydee fueron cada vez más frecuentes hasta que se tornaron, finalmente, diarias, al igual que sus dolores. Tarde tras tarde, gradualmente, fuimos volviéndonos confidentes. Compartíamos charlas en las que, con el paso del tiempo, se iban filtrando algunos asuntos íntimos. Incluso, a veces, llegábamos al punto de intercambiar algunas miradas sugerentes, cargadas de erotismo y deseos inconfesados.

Durante una temporada en la cual nos sentíamos especialmente cerca, tuvimos nuestro mayor roce... Algo nos estaba pasando, era evidente, algo de carácter más pasional que amistoso: cada uno acercó sus labios a los del otro, espontánea y naturalmente, pero ella se me quedó mirando pasmada y, antes de que pudiéramos llegar al beso, sus pupilas se dilataron y estremecieron. Apartó súbitamente la cara con rechazo, con miedo. Durante su huida, mi única reacción, fue seguirla con la vista. Ella, sin decir absolutamente nada, se marchó corriendo de mi casa. No se había ofendido ni incomodado, no. Lo sabía por el terror en su mirada. Algo había visto... Un detalle en mi rostro la había perturbado de tal manera que la hizo huir despavorida para salvar su vida de algo que no entendíamos ni ella ni yo.

Me encerré en el baño y estudié mi cara mil veces frente al espejo, tratando de encontrar algo inusual... Y ahí estaba: un gusanito. Blanco e inmóvil, viviendo en mi ojo izquierdo. Sentí el alivio de saber que podía empezar a buscar una solución. Hice, entonces, lo mejor que podía hacer: me dirigí inmediatamente al hospital, en donde seguramente algún profesional me extraería el parásito. Pero no fue así; el médico de guardia me auguró que el gusanito sería aplastado y destruido por mi sistema inmunológico. Con un: "Andá tranquilo", cerró su escueta explicación. A los pocos minutos, estaba de nuevo en casa.

Sabiendo que el problema del gusano era insignificante, después del leve temblor que me causó el nauseabundo descubrimiento, me dispuse a llamar a Haydee para explicarle lo que había sucedido e intentar convencerla de que regresara. Su voz,



aunque, envuelta en un tono neutral, me tranquilizó mucho, en especial cuando dijo “Bueno. En unas horas salgo para allá...” Pero al finalizar la llamada, sin ningún síntoma previo, se desató una repentina tortura: mi cerebro comenzó a latir enérgicamente dentro de mi cabeza. Durante cada diástole, sentía que mis sesos chocaban contra las paredes del cráneo; un dolor tan punzante que vuelve a vivir cada vez que intento describirlo. Y en cada sístole, mi plano visual se estremecía, deformándose y comprimiéndose hacía el centro, como si las imágenes se fundieran y drenaran a través de un embudo que a su vez se retorció en sí mismo. A tal punto llegaba aquel martirio que mi cuerpo comenzó a moverse involuntariamente, dando giros bruscos y desplazándose de un lado a otro. En pleno desenfreno, me estrellé contra una pared, abriendo en mi frente una herida. A través de ella, comenzó a bombearse, mezclado con pus y sangre, un riachuelo de gusanitos. ¡Iguales a aquel que NO me habían extraído del ojo! Incliné mi cuerpo hacia delante, como pude, dejando mi cabeza “colgando” de mi torso, a pesar de que eso aumentaba el dolor, para ayudar a que salieran todos. Seguramente sufrí un desmayo en el proceso, pues sólo recuerdo haberme despertado en el piso junto a un charco en el que nadaban cientos de aquellas diminutas criaturas. No juzgué necesario volver al hospital, ya que me sentía completamente normal y la herida no sangraba ni tenía tampoco un tamaño considerable; pude disimularla perfectamente con un par de banditas. ¡Estaba como nuevo!

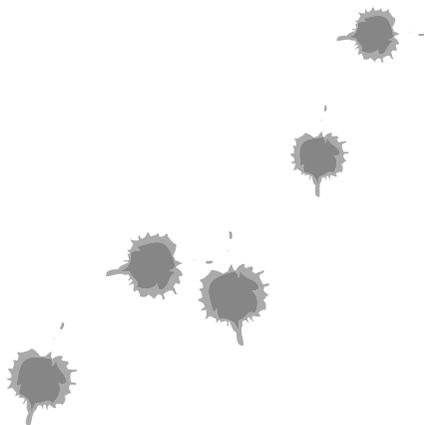
\*\*\*

Haydee llegó por fin y la invité a pasar. A pesar de que en el fondo temía que algo malo volviera a ocurrir, me abstuve de aquellos pensamientos y la abracé fuerte. Nos sentíamos preparados para retomar lo que nos había quedado pendiente... Pero lamentablemente, una vez más, no llegamos al beso: era yo, en esa oportunidad, el que iba a descubrir el detalle perturbador en el rostro de ella: en el fondo de sus ojos ví gusanos incon-



mensurablemente más inmundos y asquerosos que los que habían estado viviendo en mí. Me invadió un intenso escalofrío mientras miraba con morbosa atención como se enroscaban bailando una danza satánica en el fondo de sus pupilas.

Repentinamente, se desmayó. Impedí que cayera, atrapándola por debajo de los hombros y palpándola a la vez que la acomodaba entre mis manos. Mientras la sostenía, saliendo de mi aturdimiento, pude escuchar una especie de cuchicheo susurrante, áspero y viscoso, que venía del interior de Haydee. A medida que el ruido aumentaba, me fui dando cuenta de por qué, a cada segundo, su cuerpo me parecía más y más delgado; se estaba vaciando. Algo estaba devorándola rápidamente por dentro.



# EL LADO VAMPÍRICO

MELINA BALDERREIN

Antes de saltar por la ventana, volví la vista a ese pasado reciente. Tu cuerpo perlado, sin vida, se perdía entre las sábanas, las que fueran testigos de tu deceso. Tus ojos sin órbitas dormidos bajo los párpados. Tu cara gemela de la Luna, envuelta en tus ensortijados cabellos negros.

Aun oigo ese clamor de tus labios pidiéndome “por favor”, reclamando algo de vida pero deseando a la vez la muerte, que sería una nueva vida.

Supe que me llamaste, aun antes de que yo supiera de tu existencia. Tus manos nunca dejaron de hacerme señas, sin sentido alguno para tu cerebro asustado. Siempre estuvimos unidos por lazos de ansiedad y una soledad dolorosa. Y, al fin, pudimos encontrarnos. Me esperaste en tu habitación oscura, iluminada por la luz de tu alma esperanzada. El ruido de tu corazón ansioso casi se detuvo antes de que llegara a tocarte.

Dos flores murieron al poner un pie yo adentro de tu vida, las



paredes lloraron derritiendo tus dibujos de niña. Los muebles se sacudieron temblando de miedo, pero tu me esperabas con los brazos abiertos, con el aura pintada de rojo fuego.

Me rondó el aroma de tu sangre mucho antes de estar frente a frente. Inundó todos mis sentidos y me envolví en él, dejándome llevar. Mis manos inmóviles recorrían todos los rincones de tus emociones, se colgaban de tu pelo y trataban de entender qué era lo que realmente querías.

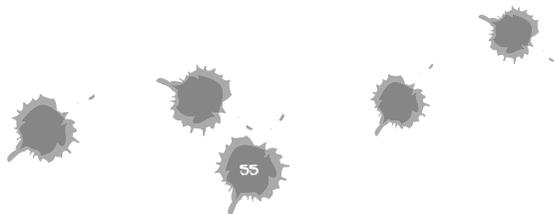
¿Necesitaba yo de tu sangre, aunque fuera una gota inerte? ¿O necesitabas tu de mi fortaleza fría para llegar a ser parte de mi, liberada?

En un momento, allí estabas sentada, con las manos alisándote el vestido negro y en otro momento te encontrabas escondida entre mis brazos, con tu cuello descansando junto a mi boca saciada.

Todo pasó tan de prisa que ni te diste cuenta, pero yo grabé cada segundo dentro de mi mente. Ya eres parte de mí. Ya formas parte de mi mundo de lunas de plata, de soles inexistentes.

Te abandoné luego de mi abrazo sabiendo que volverías a mí, antes del amanecer. Tus manos frías buscaron la noche, con ojos que titilaban en el seno de una bruma eterna. Ahora aplastarás flores al caminar, quitándoles la vida, inundándote de su olor.

Irás por el mundo siguiendo mis pasos, con la eternidad de la juventud. Serás feliz al abandonar a los tuyos, dejándolos con incertidumbre en sus corazones por tu pronta partida. Y al fin sabrás que tienes la libertad, caminando de mi mano fugitiva que huele a jazmines de entierro llevándonos con nosotros la vida.



# ENTRE LAS HOGUERAS

*FACUNDO REPETTI*

La desaparición de nuestra única hija, hace unos 6 años atrás, hundió a mi esposa en una abismal depresión que con el tiempo se fue profundizando, hasta que hace un año tomó la decisión de dispararse en la cabeza... Pero esa no es la única tragedia que en el presente intento ahogar con la bebida...

Hace apenas un mes, durante la Noche de San Juan, todos en la ciudad se preparaban para encender una fogata inmensa, con fines de celebración religiosa, en la plaza principal. Yo me encontraba en un bar que todavía frecuento, bastante alejado del casco urbano, y no tenía intención alguna de asistir al tradicional evento.

Desde una silla junto a una mesa, en la vereda, un poco ebrio pero aun consciente, paseaba la mirada por los detalles del nocturno paisaje: la luz de un farol, cercano, interrumpía de vez en cuando la tiniebla, dejando ver, intermitentemente, la calle de ripio frente a mí y un alambrado medio derribado por el tiempo, que se encontraba al otro lado. Más allá, se extendían

kilómetros de llano deshabitado y silencioso. Por eso me sorprendí cuando, a unos cientos de metros, comenzaron a resplandecer cuatro fogatas, una al lado de la otra, como formando una línea de puntos anaranjados. Alternativamente se encendían unas y se apagaban otras; parecía que alguien intentaba enviar un mensaje de luces o algo así. “¿Qué hacen allí ardiendo a estas horas, en el medio del campo?” me pregunté, auto-respondiéndome luego: “Quizás tengan que ver con San Juan o tal vez...”. Continué especulando y, mientras me disponía a retirarme, pude ver como aquellas llamaradas lentamente disminuían su intensidad hasta desaparecer por completo. Durante varias noches volví a presenciar la misma escena.

La curiosidad que aquellas llamas despertaban comenzó a transformarse en una inexplicable atracción. El olor a quemado que, traído por el viento, acariciaba mi nariz arrastraba una esencia extrañamente familiar que me instó a ir a investigar que podía estar sucediendo allí, en el lugar donde ardían cada noche. Sabía con exactitud, por haberlas contemplado varias veces, a qué hora se encendían, así que esperé hasta ese preciso momento. A través de la oscuridad opresiva de los caminos rurales, me dirigí en mi viejo Citroën hacia donde estaban, con mis ojos anclados a ellas. Conduje durante algunos minutos hasta dar con las fogatas a mi derecha, en el interior de un terreno cercado. No había entrada a la vista o bien la noche no me ayudó a encontrarla. Estacioné lo más cerca que pude del alambrado sin apagar los faros, para iluminar lo más posible el área a la que me disponía a entrar. A modo de prevención, extraje del baúl una pala que podría servirme para defenderme en caso de tener un encuentro con alguien; supuse que ingresar en plena noche a un terreno privado podía traerme problemas. Salté el alambrado y me adentré en la densa oscuridad del campo.

A medida que me alejaba del automóvil, me fui dando cuenta de que, los faros iban a ser de poca utilidad. Al acercarme a las fogatas, noté que una figura humana, la silueta de alguien de baja estatura, giraba alrededor de ellas, como jugando a entrelazarlas con un hilo invisible. La inestable intensidad de la luz del

fuego y la tiniebla mezclada con algunas informes nubes de humo, generaban un contraste que me dificultaba distinguir demasiado aquella persona, aunque sí podía seguir sus movimientos. A mis insistentes llamados no respondió, pero sí que comenzó a dirigirse hacia donde yo estaba. No pude escuchar sus pasos pues no parecía caminar, sino que se desplazaba en el aire, planeando erguida a muy pocos centímetros sobre el suelo. Cuando sentí aquella figura sombría demasiado cerca de mí, al punto de que casi podía respirar su aliento espectral, desbordado de terror y angustia. Surgió en mí una fuerza que hasta entonces yo mismo desconocía. Le di un solo golpe con la pala y pude sentir como se hundía el cráneo en esa centésima de segundo en la que hizo contacto con el acero. Percibí el impacto como una campanada infernal, con un eco funesto y un volumen diabólico. En mi aturdimiento no pude comprender mucho más de la escena que a contraluz del fuego presenciaba. Espantado, corrí de regreso a mi automóvil. Prendí el motor y, aturdido por el terror y el asco, aceleré como poseído y abandoné el lugar rumbo al resplandor de la ciudad.

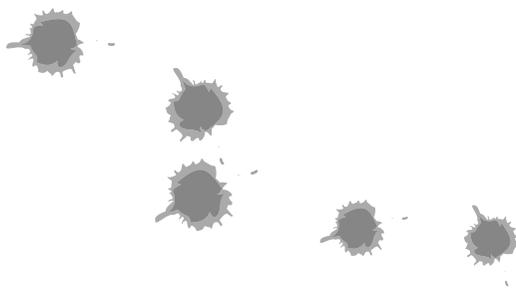
\* \* \*

Me levanté con el Sol, sin haber podido dormir en lo absoluto, y volví al lugar en el que había estado la noche anterior. Allí me esperaba un cuadro macabro: la persona a la que había golpeado era una niña; yacía muerta, desparramada sobre las malezas, con el cráneo hundido en su costado izquierdo y a medio abrir. La sangre que había estado saliéndole por su boca y nariz ya estaba coagulada. Pero como si la escena no fuera ya demasiado macabra, el destino me tenía preparada una sorpresa todavía más amarga: me puse de cuclillas junto al cadáver para poder ver mejor sus rasgos y entonces descubrí, detrás de aquel cutis pálido y más allá de sus ojos, que aunque blanqueados por la muerte

estaban bien abiertos, a mi amada hija ¡Mi niña hermosa! En ese entonces se me formó en el estómago un nudo que hasta hoy perdura. La desesperación se apoderó de mí y deseé morir mil veces en aquel instante. Las lágrimas caían como cascadas de mis ojos. Sumido en un atroz frenesí emocional comencé a juntar ramas y pastos secos. Formé una gran pila y encendí fuego con ella. Pronto, ante mí, se alzaba una de las fogatas más grandes que había visto en mi vida, sobre la cual arrojé maquinalmente el cadáver antes de huir del lugar.

\* \* \*

Al día siguiente me levanté a media mañana. Cuando salí a la calle, noté que había una delgada capa de polvo grisáceo sobre la vereda de mi casa: parecía ser ceniza. Aprovechando ese finísimo manto gris que también cubría en parte a mi viejo coche estacionado cerca, un niño estaba haciendo dibujos en el parabrisas. Al marcharse, me acerqué para ver que había hecho; vi cuatro caritas sonrientes. Ahí las dejé, no quise borrarlas; todas esas caritas, lo juro, sonreían como alguna vez lo había hecho mi hija...





*MELINA BALDERREIN*

Sube la escalera con paso lento, le fatiga la vida; se le hace oscura como la flor que lleva en su pelo.

Allí arriba, la espera lo eterno, lo que nunca va a cambiar. En su mente, ese va a ser el último recuerdo, por eso será que no quiere acercarse, que cada vez arrastra más su paso, que es preferible sostenerse sobre la escalera que desvanecerse allí dentro, envuelta en aroma de jazmines, esa planta tan olorosa le trae recuerdos agradables de jardines repletos de estas flores y el recuerdo de una gran mesa situada en el medio, decorada con un mantel de puntillas aguardando a sus comensales, bocaditos con pintas de chocolate y tazones con café recién colocados, que serán engullidos luego por los niños, sus amigos, que llegan más que nada para atragantarse con la comida, porque no hay en esas almas nada guardado para ella, aunque sea su cumpleaños, la tarde es toda de ellos y otra vez la van a dejar afuera. Pero ya... ¿qué le importa? ¡Si lo tiene todo! Aunque esos plomos vayan a llegar de un momento a otro, ella es feliz. Tiene a su madre sentada en su hamaca del árbol, meciéndose mientras ella se acurruca



en sus rodillas, arrugándosele el vestido nuevo, mientras pregunta, dormitando:

\_ Mamá, ¿por qué no hacemos un cumpleaños para nosotras dos?

\_ Eso no sería un cumpleaños -contesta la madre.

\_ Lo sería para mí, si las dos solas nos sentáramos a la mesa y nos comiéramos todas esas golosinas y contáramos chistes y nos riéramos sin parar, hasta que nos duela la panza de risa y de tanto dulce.

\_ ¡No seas egoísta! Todo es para compartir...

\_ ¡Y lo quiero compartir todo solo con vos! Todos esos tontos van a pavonear por todo el jardín, rompiendo los jazmines que tanto te gustan.

\_ No lo creo; yo los voy a mantener a raya todo el tiempo -contesta la madre mientras desenreda unos bucles de su hija.

Se siente un ruido en la cocina; alguien golpea y lo hacen pasar. Es una nena, la primera en llegar al cumpleaños. Por su voz de flauta debe ser la rubia a la que todos adoran. Ahora, en la cocina, suena como un flautín desafinado dentro de una caja.

\_ ¡Oh! ¡Mamá! ¡Ya llegó! ¿por qué esa también tiene que venir? Va a arruinarlo todo... Va a ser como si fuera sú cumpleaños. Si fuera por mí, se lo regalo. ¡Pero que se lo festeje en otra casa! ¡No acá!

\_ Ella no va a hacer nada, niña, sabés que tú eres la única que me importa.

\_ ¡Sí que lo hará! Y si no es ella, van a ser los demás. ¡Van a querer cortar todos los jazmines para adornar su cabellera



rubia para hacerla, así, lucir como una princesa! ¡Los jazmines son nuestros, mamá! ¡No dejes que entre! Andá y decile que tengo descompostura de estómago... ¡Que se vaya y no vuelva!

\_ Nadie va a romper jazmines. Sabés que dónde y cuando te sientas sola, allí estarán para ti y para mí; estén en un gran jardín como este o en un solo pétalo que escondas en algún libro. Ellos estarán representando nuestra unión aunque sólo sea un aroma, un simple aroma.

Ella se acurrucó en el pecho de su madre y logró así consolarse. Los jazmines decorarían el jardín de sus sentimientos para siempre y su aroma sería el amor. Antes de terminar la aburrida y monótona fiesta, la madre dejó a cargo de la sirvienta los invitados de su hija mientras ella se ocupaba de un recado. Cuando volvió, su niña lloraba sobre un colchón de pétalos rotos. La madre, preguntó la razón a la sirvienta. Ésta le dijo, sencillamente: "Se pusieron a jugar a la pelota y destrozaron varias plantas de jazmines, por eso llamamos a los padres para que vinieran a recoger a sus hijos".

La niña miró a su madre con ojos tristes y acusadores.

\_ ¡Yo te dije, mamá! ¡Destruyen lo que es nuestro! ¿Para qué un cumpleaños con tanta gente? ¡Si con sólo nosotras dos alcanzaba!

\_ Es cierto; tenés razón... -reflexionó la madre, abrazando a su hija y observando los destrozos, mientras intentaba consolarla.

Luego de ordenar los cubiertos esparcidos, la niña juntó los pétalos y los guardó en un cofre pequeño, para que nunca se perdiera ese amor, aunque separado, reconstruido y guardado en su cuarto, mamá siempre estaría con ella y ella con su madre. Esos tontos nunca las separarían.

Y ahora su vestido ya no es el mismo blanco y con flores, ahora es negro y puntilloso, como las olas del mar durante la noche, con espuma oscura. Sus zapatillas golpean los escalones. El olor se hace más intenso. Jazmines. Jazmines regresan a sus pensamientos. La puerta es alta, caoba decorada con ribetes negros, la puerta abierta baña su mundo de realidad. Ni fue un sueño. Ni fue una invención. Allí está, entre tantos jazmines, todos colocados en floreros y ramos entre sus manos cruzadas, todos desojados. Todos arrancados de las plantas cuando no se dieron cuenta. Todos puestos y ubicados en decoraciones; algo que no combina.

De pronto, todo el cansancio la vence. Está harta de ese cuento de hadas macabro, flores para adornar algo tan permanente, esos idiotas... ¡Rompieron jazmines para algo tan oscuro y para mantener la escena de la parodia de observar el cuerpo solamente! ¡Para luego decir ahora y taparlo... y esconderlo... ¿Por qué tanto tiempo? ¿Por qué no un segundo más en el mundo aunque ya no pueda verlo?

Idiotas todas las razones por las que se encuentra allí. ¿Quién es el idiota que nos da de probar un bocado de un pastel, para luego retirarlo tan bruscamente, dejándonos sólo el sabor amargo, llevándose lo dulce, arrancando ese aroma? ¡Lindo juego! ¡Bonito desenlace! ¡Bonita obra! Dan para quitar y tener pretextos cuando las mentes se sublevan y luego castigarlas por ello también.

Sólo queda guardar tan profundo lo poco que hay en esa misma excavación... Arrojó su cofre con los pétalos viejos de su niñez y con ellos su amor escondido; esa vida oculta en el cofre. Deja atrás la vida y libera, y se somete una vez más a ese juego tan brusco de dejar pasar y aceptar la muerte con un abrazo tan oscuro como sus ojeras con forma de lágrimas alrededor de sus ojos casi cerrados.







*Lo importante no es contra qué rebelarse, sino con quièn...*

# ÍNDICE

## TRAUMA

CACERÍA DE BRUTAS .....	7
VERÓNICA DEL SUR .....	14

## DEPRESIÓN

ETERNIDAD CENTENARIA .....	20
DIENTE DE LEÓN .....	23
MORIR EN VIDA .....	29

## LOCURA

EXTRAÑO .....	30
OJOS DE CRISTAL .....	35
OSCURAS LUCES EN EL ASILO DE MI CONCIENCIA .....	39

## MUERTE

EL DÍA DEL PARÁSITO .....	45
EL LADO VAMPIRICO .....	50
ENTRE LAS HOGUERAS .....	55
JAZMINES .....	90



**Este libro se terminó de imprimir  
el 17 de Agosto de 2019**



